

dignidad de Madre de Dios; por suma dignidad de mi Hijo, entre ambos hemos ejercitado en él las acciones paternas en cuanto hombre, y á entre ambos nos ha venerado y obedecido." Algunos son de sentir que María Santísima se postró enternecida ante la cama y le pidió la bendición á su querido Esposo; y que el Santísimo Patriarca se la echó, y que la gran Señora con ejemplar rendimiento le besó la mano á Señor San José, quien con tan tiernas demostraciones quedó tan fuera de sí, que bien hubo menester todo el auxilio de su divino dueño Jesus, y este Señor mandó á los ángeles que cada día le diesen tres veces á su estimativo padre, acorde, sonora y plausible música, y entre los motetes y alabanzas que aquellos músicos celestiales cantaban á Dios, le echaban mil bendiciones á Señor San José.

Considera, amartelado Josefino, cómo quedaría atravesado de dolor aquel tierno y enamorado corazón de Señor S. José, con la representación de tan dulces, tiernos y amorosos pasajes, y cuánto sería el gozo que recibiría con tan grandes cariños, promesas y consuelos que Hijo y Madre le ministraron? Lleguemos, pues, amorosos y enternecidos á la casa de Jesus, María y José, y hagámosle la quieta visita á nues-

tro fatigado enfermo, ofreciéndole la memoria, entendimiento y voluntad, para que con todas tres potencias del alma digamos amorosos:

El acto de contrición etc.

ORACION.

Fidelísimo, singularísimo Patriarca Señor S. José: condolido de vuestras angustias y dolencias, llevo quinta vez á visitaros, atended, padre amoroso, mi fervor, para que con verdaderas lágrimas de contrición me hagais digno de tanta honra, doliéndome de la grande pena que sentiría vuestro purísimo corazón al veros tan cercano á la muerte, ser forzoso despediros de la dulce y muy amable compañía de vuestro amado Hijo Jesus y de vuestra castísima Esposa María; y más se os aumentaría cuando esta Soberana Señora, para ejemplo del mundo, se postró ante vuestra cama de rodillas pidiéndoos la bendición, cuya humildísima acción tanto os enterneció, que hubiera entónceis vuestra dichosa alma roto las cadenas del cuerpo, á no haberos auxiliado todo el poder de Jesus; pero me regocijo del sumo gozo que recibirias al oír los indecibles consuelos, promesas y tiernas expresiones de vuestro poderoso Hijo Jesus y de vuestra Santísima Esposa María. Por estos des-

consuelos y gozos os pedimos, padre amante, recibais nuestra memoria, entendimiento y voluntad, borrando de la memoria las especies que nos conducen á la condenacion; del entendimiento, los pensamientos que nos dirigen á la perdicion, y de la voluntad, las pasiones que nos inclinan á obrar mal; para que empleadas nuestras potencias en el servicio de Dios, solo nos acordemos de Jesus, María y José, solo pensámos en Jesus, María y José, y solo amemos hasta el último instante de la vida, á Jesus, María y José.

Amen. El ejercicio del día será procurar tener un rato de oracion mental, aunque sea al acostarse, haciendo recuerdo de las finezas que á Dios debemos en haberos dado por especiales protectores y abogados á Jesus, María y José, ejerciéndolo sin hipocresía quantos actos se pudiesen de virtud, y entre día se repetirá con fervoroso afecto la siguiente:

Oh José sagrado, que de noche y dia, solo os mientó á vosotros, á Jesus y María.

DIA SEXTO.

LECCION.

Agravóse el Santísimo Patriarca Señor S. Jo-

sé, é inflamado su corazón con el fuego del divino amor, en consideracion de tan repetidos beneficios que Dios le habia hecho; antes que su bendita alma se apartase del cuerpo, tuvo un éxtasis altísimo, y en este elevado raptó vió y conoció lo que por la fé habia creído, así de la divinidad incomprendible, como del misterio de la Encarnacion y redencion humana, y de la iglesia militante, con todos los sacramentos que á ella pertenecen. La beatísima Trinidad le señaló y destinó para precursor de Cristo, Señor nuestro, para los santos padres y profetas del Limbo; y le mandó que les evangelizase de nuevo su redencion, y los previniese de la visita que el humanado Verbo, despues de resucitado, les haria para sacarlos de aquel seno y felicitarlos en su reino. Volvió el Santísimo Patriarca de este raptó, lleno su rostro de admirable resplandor y hermosura, exhalando tan distintos olores, que aromatizaron todo aquel lugar y los percibieron muchos vecinos: los ángeles entonaron osagradós motetes, alabando á Dios y al estimativo padre de Jesus, o Sr. S. José. El Illmo. Sr. D. Melchor de Torres, afirmó que estando para morir el Santísimo Patriarca repetía muchas veces los suavísimos nombres de Jesus y de María; á los que añadieron los án-

geles el de José, que al oirlo los infernales espíritus, aterrorizados y confundidos huían hasta los abismos. "Murió, dice este amartelado Josefino, entre Cristo y su Santísima Madre, diciendo, Jesús, María, y cogiendo los ángeles la palabra de la boca, añadieron su nombre cantando por los aires, Jesús, María y José, dándonos á todos tres por auxiliares en la hora de la muerte." Comenzó, pues, Señor S. José á respirar en los brazos de Jesús y de María, repitiendo incesantemente entre sus agonías tan dulcísimos nombres.

Considera, alma piadosa, ¿cuánta sería la angustia de Señor S. José, con los tormentos, ansias y sobresaltos de tan tremenda hora como la de la muerte, y cuánto el gozo que sentiría su dichosa alma con tan soberanos raptos, en los que gozó de la divina esencia y entendió soberanos arcanos: á que se agrega el inexplicable consuelo que sentiría al oír reverenciár de los ángeles su Santísimo nombre? Lleguemos fervorosos á la casa de Jesús, María y José, y hagámosle á nuestro sacratísimo enfermo la sexta visita, consagrándole nuestros sentidos, para que embelesados en su hermosura digámosle afectuosos:

El acto de contrición etc.

ORACION.

Benignísimo, obedientísimo Patriarca Señor S. José, condolido de vuestras angustias, tormentos y fatigas, llego ante vuestra soberanía á hacerós la sexta visita. Bien conozco, prudentísimo dueño de mi corazón, que no soy capaz de gozar tan alta dicha; pero vuestra sobrada piedad hace confiar mis deseos, para que mereciendo vuestra atención me oigais benigno, doliéndome el sumo dolor y sobresalto que sentiría vuestro afligido corazón, viéndose en las últimas agonías y con la tierna representación de dejar huérfanos en el mundo á vuestro soberano Hijo Jesús y á vuestra delicadísima y Purísima Esposa María; pero me regocijo del imponderable gozo que sentiría vuestra dichosa alma, cuando en aquel raptó glorioso gozó de la divina esencia y Trinidad de personas, ilustrándoos de gloria y soberanos arcanos, mandándoos fuéseis precursor de Cristo, para ministrar los consuelos de la redención á los santos del Limbo. Por estos tormentos, penas y agonías, y por los sumos consuelos y favores que de Dios recibisteis, os pedimos, amorosísimo padre, nos alcancais del Señor, que en el tiempo de nuestras agonías, embelesados todos los sentidos y potencias, solamente en altas contemplaciones, y to-

talmente abstraídos de todo mundano conato, podamos fervorosos invocar incesantemente los dulcísimos nombres de Jesus, María y José, para que ahuyentándose nuestros enemigos, logremos gozar de la Trinidad Santísima y de vuestra soberana presencia en la gloria. Amen.

El ejercicio del día será ensayarse á sus solas á bien morir, contemplándose ya en aquel tremendo lance sin tocar alguno y combatido de todo el poder del infierno; pidiendo con eficacia el amparo de Señor San José, invocando á todas horas los dulcísimos nombres de Jesus, María y José, y rogando á Dios por los agonizantes: repetirá fervorosa entre día la siguiente:

Cuando llegué el trance
De mis agonías,
Que alabe á Jesus,
José y María.

DIA SETIMO.

LECCION.

Como en esta vida no hay plazo que no se cumpla, llegó el del mayor de los hombres, Señor San José, al término que el Omnipotente Dios le señaló. Esperó el Santísimo Patriarca la muerte con verdadera resignacion, conformidad y confianza, y reconociendo su proximidad, abrazán-

dose de su tierno y amoroso, de su adorado Hijo Jesus, le dijo entre sollozos: «ahora, hijo mio, moriré alegre, con la esperanza de que presto nos has de venir á libertar.» Y Cristo vida nuestra, estrechándole entre sus brazos, le dijo con ternura: «Andad, amado padre mio, salid alegre de este valle de miserias, y dad esta buena nueva á los santos padres: decidles que en breve tiempo iré á ellos; y les llevaré á los palacios y reinos de la gloria.» El mismo Señor mandó á los ángeles que en forma humana asistiesen á tan dichosa muerte, rodeados de la cama: María Santísima se acercó á su querido Esposo, y echándole al cuello sus divinos brazos, como siente San Bernardino de Sena, en compañía de su amado Hijo Jesus, le ministró al santísimo José los más soberanos consuelos, y entre los brazos de Jesus y de María, comenzó sin ademan ni extremos, á espirar el más dichoso moribundo; y las últimas palabras que dijo Cristo á su putativo padre, para que exhalara su espíritu, fueron estas: «Padre mio muy amado, descansad en paz, en gracia de mi padre celestial y mia.» Así entregó su bendita alma en manos de Jesucristo; y su majestad le echó la bendicion, y prometió echarla á todos cuantos ofrecieren sacrificios el día de tan dichosa muerte, la cual fué á 20 de Julio; y di-

cen graves autores, que al abrazarse Cristo de su estimativo padre, destilaron de sus divinas manos mirra y bálsamo, que preservaran de corrupcion el sagrado cuerpo de Señor San José. Los santos ángeles llevaron su sacratísima alma con la mayor honra, veneracion y reverencia al seno de Abraham.

Cristo Señor nuestro lloró en la muerte de su amabilísimo padre; y el Señor, hablando con sus discípulos de Señor San José, les dijo: «Yo me acordé de los dias que me llevó á Egipto, y de los muchos trabajos que sufrió por mí, y lloré inclinándome sobre su cuerpo.» Y este mismo Señor le cerró los ojos con sus santísimas manos, como dice la historia oriental. La gran Señora, sin mutacion de su hermosísimo rostro ni ademan alguno, preparó el cuerpo de su esposo para la sepultura, y lo vistió conforme á la costumbre de los demás; y al cuerpo de Señor San José solo llegaron y tocaron las manos de su castísima Esposa y las de los santos ángeles que le asistían en forma humana y visible; pero de tal modo, que María Santísima solo vió el rostro de Señor San José, mas no su cuerpo, porque este lo vistió su Santísimo Hijo Jesus de un resplandor tan agradable, que solo permitia descubrir el

rostro, el que tenia muy hermoso, y como si estuviera vivo.

Acudieron muchos vecinos y parientes, los que asistieron al entierro; y al gozar de la hermosa vista de tan venturoso cadáver se llenaron de admiracion, gozo y alegría, que interiormente infundia en todos los corazones, ya por la fragancia que exhalaba el santo cuerpo, ya por los resplandores con que brillaba, y ya por la hermosura de su rostro, que era imán de los afectos. Cristo y su santísima Madre asistieron al entierro, recibieron pésames y se pusieron lutos, como principales personajes del entierro, al que acudieron y acompañaron multitud de ángeles. Algunos dicen que fué sepultado junto al sepulcro de su padre Jacob, pero es lo más cierto, que fué sepultado en el valle de Josafat, que media entre el monte Sion y el monte Olivete.

En esta dichosa muerte hemos de suponer, con San Bernardino de Sena, y otros muchos padres y autores graves, que piadosamente se debe creer pero no afirmar como fé, que el piadosísimo Hijo de Dios, honró con el mismo privilegio á su putativo padre que á su santísima Madre; y que así como cuando murió la Virgen, la llevó gloriosa al cielo en cuerpo y alma, tambien el dia que resucitó llevó consigo al santísimo

José, con la gloria de la resurrección, para que así como aquella sacratísima familia (conviene á saber, Jesús, María y José), vivieron juntas en la tierra, en vida, trabajosa, y en conforme gracia, así en amorosa gloria reinan en el cielo en cuerpo y alma. No puede ménos mi amor, devoto Josefino, que grabar en el mármol del corazón este epitafio, para que en tu pecho lea muchas veces el afecto.

SONETO.

Aquí yace el cadáver más sagrado.

Del impecable justo de los justos,

Del que en gloria murió libre de sustos,

Del que el *ROMES PECCATI* tuvo atado,

Del que en el vientre fué santificado,

Del que gozó de los más santos gustos,

Del que sin ver aspectos nunca adustos,

De Jesús y María fué venerado.

Del más feliz y venturoso esposo,

Del que al Criador de todo, crió de modo

Que de padre gozó renombre honroso.

Aquí, pues, yace en mi cordial recodo

El divino José, santo dichoso,

Que con decir José se dijo todo.

Ea, devoto y amantado esclavo del santísimo Patriarca Señor san José, alientese tú fervor, para que con elevada contemplación, consideres en tan dichosa muerte. ¿Cuánta sería la angustia de nuestro amabilísimo Patriarca al romper su bendita alma las cadenas del cuerpo, siéndonos mayor el sentimiento de apartarse del centro de sus amores, de Jesús y María; y cuánto el gozo que sentiría al entregar su espíritu en manos de su Criador, y en los brazos de la Madre de misericordia María santísima? Lleguemos, pues, con la más eficaz ternura del corazón á asistir á tan dichoso tránsito, ofreciéndole á nuestro sagrado difunto, alma, vida y corazón, para lograr por su intercesión una dichosa muerte, diciendo fervorosos:

El acto de contrición.

ORACION.

Humildísimo, sacratísimo y patientísimo Patriarca Señor san José, condolido de vuestras angustias, agonía y muerte, llego con tierna devoción y fervor ante vuestra soberanía á haceros la última visita. ¿Quién pudiera, santo mío, en este trance morir de dolor? ¿Quién pudier-

abrasarse y consumirse en las llamas del divino amor? Y quién pudiera, con ferviente caridad acompañaros y sentir la grave pena que sentiría vuestra santísima alma al apartarse del cuerpo, dejar la muy amable compañía de Jesus y de María! Mas ya que no soy capaz, por mi mucha tibieza, y mis graves culpas, supla vuestra elevada caridad mi nimiedad, aliente mi fervor, para que cuanto me sea posible pueda en algun modo esforzarme á llorar en vuestra muerte mis culpas, á llorar en vuestras agonías tanta pena y á llorar de gozo en vuestro dichosísimo tránsito, al veros regocijado entregar vuestro espíritu en manos de Jesus, vuestro Hijo y mi Redentor, y en las de Maria, vuestra Esposa y mi Señora. Ea, poderosísimo protector de los mortales, amparo de los afligidos, patron del linaje humano, amabilísimo padre Señor san José; en vuestras manos pongo mi alma, vida y corazon; y desde ahora para cuando llegue la última de mi vida, os elijo por titular y abogado, y os invoco por mi singular protector: no permitais, santo mio, que en trance tan terrible perezca mi alma: vuestra es, y á vos desde hoy la entrego, para que moviéndola á una perfecta contricion, resguardada y protegida por vos, se aparte felizmente de mi cuerpo para que la presentes ante el acatamien-

to de la Santísima Trinidad: oidme benigno, atendedme amoroso, y asistidme caritativo en aquella hora, acompañado de Jesus y de Maria, cuyos dulcissimos nombres con el vuestro, invoque incessantemente, cuando no pueda con la boca, al ménos con el corazon; en el que grabados, sea la marca de mi predestinacion, felicitándome eternamente para gozar en vuestra compañía y la de Jesus y de María, las delicias de la gloria. Amén.

El ejercicio del dia será despues de haber comulgado, y dado gracias, tener sus ratos de meditacion, y esforzarse lo posible en obsequiar al Santísimo Patriarca, poniéndole su altar ó encendiéndole algunas candelas; y para obligar mas al santo, se rezarán con la mayor devocion el santísimo rosario, y entre dia se dirá:

Jesus al morir

Quiero vuestro lado:

María, vuestro auxilio;

José, vuestro amparo.